

En particular (dice) sucedió, puede haber cosa de doce años, que causó á este testigo grande admiracion, y fué que una noche, despues de haber salido del coro todos los religiosos del cuarto que se suele hacer de oracion á prima noche, se quedó el dicho padre Fr. Pedro Cardete en el coro, y entrando este testigo en él, como entre las nueve y las diez, halló luego inmediatamente á la entrada del dicho coro á un religioso llamado Fr. Juan Roldan, que habia dos dias que habia llegado de España al dicho convento, y por ser tan nuevo no conoció al dicho padre Fr. Pedro Cardete, y con grande alboroto y admiracion llamó á este testigo diciendo: Padre, padre, ¿qué padre es este que está tan alto del suelo? Y este testigo á este mismo tiempo iba entrando en el dicho coro, y vió hácia la parte que el dicho padre Juan Roldan le decia, al padre Fr. Pedro Cardete rodeado el rostro de una grande luz y resplandor, por donde le pudo conocer este testigo era el dicho padre Fr. Pedro Cardete, que sin la dicha luz no le pudiera conocer por estar en un rincon del coro y muy distante de la puerta donde le vió y conoció. El cual dicho resplandor y luz salia del rostro del dicho padre Fr. Pedro Cardete, á manera de un globo que le rodeaba todo el rostro, y era mayor que la luz de cualquiera hacha encendida ó lámpara, de donde entendió claramente este testigo, y el dicho religioso, ser luz y resplandor sobrenatural. Y este testigo le dijo al padre Fr. Juan Roldan que se sosegase y no alborotase el convento, que era un santo viejo, y despues de su muerte se publicaria esta maravilla &c." Y despues dice que lo referido lo vió tambien el padre Fr. Luis Tirado, recién venido de Castilla, que estaba en el coro un poco apartado del santo padre Cardete, y debia de estar en oracion, y como aun no le conocia, con la misma admiracion que el padre Roldan le preguntó quién era aquel padre, y cómo se llamaba,

viendo que de él salia aquella luz y resplandor.

Ocupado este santo varon en tan santos ejercicios, y en una vida angélica, que tal parecia la suya (segun testificaron los testigos de su informacion, y era voz comun de toda la ciudad y esta tierra), llegó á estar muy viejo y impedido de poder seguir la comunidad, y hubo de bajarse á la enfermería, donde le dieron una pobre celdita y vivió el resto de su vida.

#### CAPITULO DIEZ Y NUEVE.

*Ejercicios del bendito padre en su senectud. Cómo supo su muerte, y se dispuso para ella.*

Yá tenemos al valeroso soldado de Cristo en el palenque del último certámen de esta vida, faltó como en suma senectud de fuerzas corporales, atenuadas con la edad ayudada de continua mortificacion y penitencias, pero con vigor de jóven en el espíritu. Junto á la enfermería donde el bendito se recogió, hay una capilla donde está una imágen de nuestra Señora de la Soledad muy devota, y á quien tenia muy singular veneracion. Vestía la santa imágen y adornaba su altar con limosnas que sus devotos le daban para ello, y en él decia misa. Aunque siempre era con tanta devocion que la causaba á los oyentes, en este tiempo pasó á admiracion viéndosela decir con el sosiego y vigor que cuando era mancebo, sin omitir genuflexion ni ceremonia alguna persona yá de tanta edad tan sin carnes que con la vista se le podian contar los huesos, tan enfermo, como se sabia que estaba, tan sin fuerzas que no podia moverse, y tan debilitado que siempre pre-

sumian no habia de poder mediarla. Muchas personas aunque podian oir otra misa, asistian á la suya por singular devocion, dando gracias á Dios, y atribuyendo á milagro que pudiese así decirla. Lo mas del dia y noche pasaba yá en presencia de aquella santa imágen, donde rezaba el oficio divino, oraba y meditaba. Visitábanle allí sus devotos; pero habia de ser con brevedad, y tratando cosas de espíritu. Por lo que yá sabian, testificó en su dicho el padre rector Tomas Dominguez, que cuando le visitaba tenia singular cuidado de no hablar palabra alguna supérflua, ni aun decir que le deseaba salud, porque entendia que le daría pena. Colegialo de que una vez, entre otras, despidiéndose del santo varon le dijo: Dios guarde á V. Paternidad, y al salir le llamó y preguntó qué le habia querido decir en aquel modo de salutacion, y concluyó pidiéndole que de ninguna manera rogase á Dios que le guardase, que yá era tiempo de llevarle para sí. Aunque fuera obispo ó gobernador, primero hacia oracion á la santa imágen, y despues le hablaba, porque sabian que no habia de recibirlos con gusto de otra suerte, y decia que en presencia de ella no se habia de tener respeto á criatura alguna, sin adorar primero á la madre del creador de todo.

Llegó el tiempo próximo á su fin: aumentáronsele los achaqués, hinchósele primero un pié y luego el otro, ascendiendo poco á poco á lo superior del cuerpo, y preguntándole aquellos dias cómo se hallaba, respondia que muy bien, pues se acercaba el tiempo de dar cuenta en el tribunal de Dios. Díjole una vez el padre Lizana, ¿no podria ser, padre nuestro, que el Señor diese á V. Paternidad muchos años de vida? A esto le respondió: mucho mas puede el Señor, pero esto no hará, porque yá es llegada la hora, de que le doy muchas gracias. A dos años (poco mas ó menos) de como bajó á la enfermería, como un mes ántes que

Dios le llevase, no pudo decir misa, habiéndola dicho siempre sin omision alguna desde que fué sacerdote; pero testificó Agustin de la Rea, mayordomo de la cofradía de nuestra Señora, que siempre que abria la capilla por la puerta que tiene al compas, á cualquiera hora le hallaba de rodillas hasta cinco ó seis dias ántes que muriese, que le pusieron en cama.

Entrando una vez el dicho Agustin de la Rea, testificó que le habia dicho estas palabras: "Yá estoy muerto, hánseme hinchado las piernas, y no me puedo tener para decir misa: yo me muero. Yá sabe la devocion que siempre he tenido á esta Virgen, y la he procurado acompañar en vida, y así quisiera que mis huesos la acompañasen en muerte. Yo no tengo voluntad, que es de mis preladados, pediréla y si me quisieren hacer caridad me enterrarán &c." Y respondiéndole despues á la pregunta siguiente, dijo: Que por las palabras que con él tuvo un mes ántes de su dichosa muerte, entendió fácilmente que hablaba el dicho padre Cardete como persona que sabia y entendia que era llegado el fin de su vida. Y despues de las palabras referidas, dice: "En otra ocasion, que fué á diez y ocho de agosto (quince dias ántes que muriese) entrando en la capilla de nuestra Señora de la Soledad, para descomponerla y descolgarla para volver á sus dueños lo que habian prestado para aderezo de la capilla, por ser aquel dia el de la Asuncion de nuestra Señora, y habia habido jubileo en ella, halló al santo varon hincado de rodillas, y como le vió entrar le preguntó qué queria hacer. Respondióle diciendo á lo que iba, á lo cual le dijo estas razones. Mire que el dia de la Natividad de nuestra Señora, que es á ocho de setiembre, hay tambien jubileo en esta capilla, y no he de estar vivo aquel dia, y me holgaria mucho que estuviese tan bien aderezada como ahora está. Por vida suya que no la descuelgue, que la deje estar hasta aquel dia. Replicóle que era ajeno lo que estaba col-

gado, y él le dijo: pues dígalo á sus dueños de mi parte que lo tengan por bien, que yo sé que lo harán así." Dejó el mayordomo la capilla como estaba, y los dueños lo tuvieron por bien, y á dos de setiembre murió el santo varon, seis dias antes de la dicha fiesta de la Natividad, con que se deja piadosamente entender tuvo revelacion cierta del dia de su muerte.

Agravada la enfermedad, no pudo yá excusar recostarse en cama, si bien tan áspera como solia, y sin ponerse camisa. Pidió los Santos Sacramentos, los cuales recibió con gran veneracion y devocion recostado en la cama. Pidió á los religiosos perdon del mal ejemplo que les podria haber dado, porque como hombre flaco y miserable habria faltado á las obligaciones de religioso, y que como hermanos le encomendasen á Dios que le perdonase sus culpas. La respuesta del guardian y religiosos fué pedirle con muchas lágrimas que les diese su bendicion antes de su muerte. Mesuróse el bendito padre oyendo aquello, y abrazó en señal de amor al guardian y á todos los religiosos. Quedóse con el enfermero al cual dijo estando yá solos: "Padre enfermero, mire que le pido por caridad que cuando muera que no me toque á mis paños menores, ni me quite el hábito que tengo puesto, que no hay necesidad mas que de atarme los brazos y los pies. Díjole el enfermero: Pues, padre nuestro, si acaso el cuerpo se vácia yá difunto, ¿no será bueno prevenir eso por la limpieza? Respondióle: No hay necesidad, porque aunque soy grande pecador, le pedí al Señor me concediese el don de limpieza, y me fué concedido, y así descuide de esas diligencias que no son menester." Parece que aun en vida se echaba de ver este don concedido, porque no solo tenia la pureza de alma que se ha dicho, pero era limpiísimo aun en el cuerpo, y así tenia su hábito y túnica muy pobre, pero limpio y compuesto. Como con el achaque del asma (que padeció muchos años) se escupe tanto, tenia una

escudilla de barro sobre una mesita junto á sí, y allí escupia porque estuviese limpia la capilla, y si alguno escupia en ella, ó en la iglesia, le pesaba, porque deseaba que los lugares sagrados estuviesen con toda la limpieza posible.

Regalóle la Divina Majestad en aquellos últimos dias con grandes aflicciones, que no se supieran por la tolerancia con que las sufria, sino quisiera la divina bondad que se manifestasen de esa suerte. Sabiendo el padre rector de la compañía cuán á lo último estaba el bendito padre, con la íntima veneracion que le tenia fué á visitarle, y como á religioso y persona que trataba mucho de espíritu, se lo comunicó, porque despues testificó en su deposicion estas palabras: "Yendo este testigo dos dias ántes que muriese el dicho padre Fr Pedro Cardete á verle, le halló muy cercano á la muerte, y entendió de él que nuestro Señor le ejercitaba y purgaba con excesivos dolores del cuerpo y del alma. Y se admiró este testigo de que padeciendo tanto interiormente no diese muestras de ello, ni se quejase estando con aquella serenidad que tenia cuando estaba bueno."

Quiso un famoso pintor llamado Francisco Antonio retratar su efigie, estando yá tan cercano á la muerte, y encubierto por una ventana, quiso dar el primer rasgo del bosquejo estando vuelto el rostro al contrario de la vista del pintor, y oyó que le dijo, sin moverse de como estaba, estas razones: vaya con Dios, que quiere retratar á un pobre mendigo gran pecador. Concibió tal miedo el pintor, que se fué confuso y turbado, y no se atrevió á ejecutarlo hasta despues de muerto, que sacó su efigie muy perfecta, aunque mas abultado el rostro por morir algo linchado. El segundo dia del mes de setiembre, preguntó al enfermero si habia comido, y respondiéndole que sí, le dijo: "pues yá se va llegando la hora, haga señal para que nuestros hermanos

se hallen aquí." Tocó el enfermero la campanilla, y acudieron todos los religiosos y el guardian, al cual le dijo: „Padre, yá la hora es llegada, por amor de Dios si hay lugar, y conviene, conceda que mi cuerpo sea enterrado debajo del altar de la madre de Dios que está en la capilla de la Soledad. El guardian era muy prudente y le respondió: V. Paternidad será enterrado donde convenga, y la obediencia ordenare. El bendito varon le dijo que el Señor le habia industriado para responderle, que en todo era hijo de obediencia. Pidió luego un santo Crucifijo que junto á sí tenia, y que encendiesen la candela bendita, y recostándose en el cabezal de la cama, tuvo un divino coloquio con la santa imágen, que solo un espíritu lleno de Dios pudiera tan próximo á su separacion decir lo que dijo. Llegado yá el último vale, dijo: „Digamos hermanos el credo, que es símbolo de nuestra santa fé; y comenzándole el bendito padre, prosiguieron los religiosos como se acostumbra, y llegando á aquellas palabras *Et incarnatus est de Spiritu Sancto*, dió el alma á su Creador, quedando los ojos elevados al cielo, con tal compostura de rostro y cuerpo, que mas parecia extático que yá difunto.

Luego la divina bondad manifestó cuán agradable le habia sido su siervo en vida, porque en espirando, ántes que se diese el clamor que se acostumbra, se repicaron las campanas del convento con un repique muy solemne y alegre, el cual oyeron muchas personas de la ciudad sin oirse en el convento. Causó novedad, como era á deshora, y no sabian hubiese causa á qué atribuir la alegría que las campanas manifestaban. El clamor que en la santa catedral y demas iglesias oyeron acompañar al que luego se dió en el convento, los sacó de duda, porque á todos era notorio cuán próximo estaba á su fin el santo varon, y se persuadieron á que el repique habia sido milagroso, queriendo declarar la Majestad divina con él el feliz tránsito de su siervo, y

el gozo eterno que su alma yá poseia. Los que oyeron el repique vinieron al convento á inquirir la causa, pero en él nadie supo dar razon, porque ninguna persona le oyó de las que en él moraban. Certificados los religiosos de que las personas seculares, y éstas de que ellos no lo oyeron, unos y otros alabaron á Dios, que así habia querido honrar á su siervo. Testificaron despues haber oido el repique el Dr. Francisco Ruiz, canónigo de la santa catedral, Diego de Magaña Aldaná, encomendero, y la gente de su casa, Juan Lucero, que habiendo poco rato se apartó de la cabecera del enfermo, estando comiendo en su casa, oyó tres campanadas, cosa que le hizo reparar con el cuidado que tenia, y luego tras ellas oyó el repique y su mujer tambien. Oyóle la madre Maria de Santo Domingo, una de las fundadoras del convento de religiosas de la ciudad, el Dr. D. Gaspar Nuñez de Leon, arcediano, y Agustin de la Rea, que como se ha dicho era mayordomo de la capilla de la Soledad, que con el cuidado que estaba de la muerte de su devoto, oyó el ruido de las campanas, y saliendo para venir al convento oyó doblar, y acercándose cesó el doble y oyó inmediatamente repique, y luego otro doble á que siguió otro repique, sucediéndose uno á otro como testificó en su deposicion:

—o—

### CAPITULO VEINTE.

*Del grande concurso que se juntó á venerar el santo cuerpo, y vino el obispo con su cabildo á sepultarle.*

Luego que con el clamor se supo que el siervo de nuestro Señor habia consumado el feliz curso de su

vida, fué cosa digna de admiracion el concurso de gente de todos estados que vino á venerar el santo cuerpo. Fué puesto en la capilla que se ha dicho de la Soledad, cuya puerta principal sale al compas, y fué necesario que estuviese patente toda la noche, satisfaciendo á la devocion de los fieles que venian á verle, nobles, plebeyos, varones, mujeres y niños, todos aclamándole por santo, postrándose de rodillas á besarle los pies y manos, y tocar en él sus rosarios. Dos hábitos le quitaron, llevando el que podia un pedacito estimado por reliquia santa. El cuerpo padeció detrimento porque con la multitud de la gente hubo lugar de que le cortasen algunos dedos de los pies y manos, de que corrió tanta sangre y tan fresca (pasadas muchas horas de su fallecimiento) que obligó á los que se hallaron cercanos á recogerla en sus lienzos, teniéndolo por favor divino, la cual testificaron despues tenia un olor suavísimo que no hallaban á que compararle, y así pasó toda aquella noche.

A la mañana siguiente vino el gobernador Francisco Ramirez Briceño y su mujer, que tenían gran veneracion al santo, y arrodillados le besaron los pies y manos, y lo mismo hizo todo el cabildo secular que habia venido al entierro. Vino tambien el eclesiástico con su obispo D. Fr. Gonzalo de Salazar, y siendo yá hora, revestido su señoría de pontifical con sus dignidades, dió principio á los oficios funerales. Para que todos gozasen de la vista de aquel bendito cuerpo, se ordenó que desde la capilla se diese vuelta al patio del compas, en forma de procesion con el féretro para entrar en la iglesia. Hubo una piadosa contienda sobre quién habia de cargar el santo cuerpo. Las dignidades cogieron las andas, el cabildo secular alegaba su autoridad y devocion que le tenia, los religiosos de la compañía lo mismo, y los de nuestro convento que era su padre y hermano. Rematóse con que entre todos le cogieron, teniéndose por dichosos los que alcanzaron á llevarle, que apenas podian dar paso

por estar el patio lleno de gente. Pasábaseme decir que el R. padre provincial no estaba en la ciudad á este tiempo, y el bendito padre cuando salió de ella le pidió que cuando Dios le llamase de esta vida pudiese ser su cuerpo enterrado en la capilla de la madre de Dios, y se lo concedió; pero no dijo cosa alguna al guardian, porque no entendió fuese su muerte tan presta. Por esta causa nadie lo sabia sino el santo varon, el cual se lo dijo un dia á su devoto el mayordomo Juan de la Rea, y que tenia esperanza le sepultarian en ella, aunque habria ántes alguna duda. Así fué, porque el guardian y algunos religiosos eran de parecer que fuese sepultado en la bóveda, comun entierro de los frailes; pero los cofrades dieron peticion por escrito, pidiendo el cuerpo para enterrarlo en su capilla, alegando que habia dicho tenia licencia del provincial para ello. La Majestad divina habia ordenado aquella repugnancia para mayor honra de su siervo, porque mediante la peticion se volvió á juntar la comunidad, y los que habian sido de contrario sentimiento, fuéron los que mas instaron para que se enterrase en la capilla de la Virgen, como lo habia rogado al guardian en presencia de todos.

Puesto yá en la iglesia cantó el obispo la misa de cuerpo presente de pontifical, que no pudo asistir el gobernador por estar enfermo, y se quedó en la capilla donde estaba dispuesta la sepultura. Acabada la misa, aunque quisieron volver el cuerpo con el mismo órden que le trajeron, no fué posible porque la multitud de la gente no dió lugar, y así determinaron llevarle via recta á la capilla. Volviendo el cuerpo derecho para ella, abrió los ojos tan claros y hermosos como cuando estaba vivo, que los tenia zarcos, habiendo yá veinte y dos horas que era difunto. A la vista de esta maravilla fué grande el rumor que se levantó entre la gente, diciendo á voces de devocion: milagro del santo, milagro del santo. Túvolos así por espacio de

un credo, hasta que el padre Francisco de Contreras, lector de teología del colegio de la compañía, dando mil gracias á Dios (como lo testificó en su dicho) se los cerró con la facilidad que si estuviera vivo. Con esta aclamacion le entraron en la capilla, y allí el obispo arrodillado le besó los pies y las manos. Siguiéronle en esta veneracion el gobernador y su mujer, los dos cabildos eclesiásco y secular, y los religiosos. Continúa tanta gente, que fué necesario que el obispo en voz alta mandase, pena de descomunion mayor, que ninguna persona tocase mas el cuerpo para tener lugar de sepultarle, y aun no bastaba. Habíale yá quitado otros dos hábitos á pedazos, que llevaban por reliquias. Estaba el cuerpo tan flexible y tratable como uno vivo, y mas que cuando lo estaba, impedido entónces con la ancianidad y achaques. Sentaban el cuerpo para ponerle los hábitos que fué necesario con la facilidad que si estuviera vivo, y sin mal olor, siendo así que otros á las ocho horas le tienen, y aquel era el tiempo mas á propósito para disponerle á corrupcion por los excesivos calores y mucha humedad con la mayor continuacion de las lluvias.

Teniéndole yá con el último hábito para enterrarle, y acabándole de cortar el pelo del cerquillo, que lo llevaban por reliquias, en aquel mismo punto entró una corona hecha de flores y claveles de seda y oro, que con una palma enviaban las MM. religiosas, para que puestas en su cabeza y manos le enterrasen con ellas como vírgen que era. Túvose por cosa milagrosa entrasen en aquel punto, y así testificó el Dr. Gerónimo Gutierrez de Salas, que habia sido teniente general de esta gobernacion, estas palabras: "Que le parecia señal bien grande de que le tenia Dios nuestro Señor preparada en el cielo otra (habla de la corona) como la tiene prometida á los que vencedores del enemigo salieren triunfantes de este mundo, como lo salió

el dicho P. Fr. Pedro Cardete." Tambien testificó que le cortó un dedo de un pié, y que habiendo pasado hasta veinte y ocho de noviembre, que eran yá mas de dos meses y medio despues de su muerte, no tenia el dedo corrupcion, ántes bien un olor sobrenatural á su parecer.

Apresuróse el darle sepultura por la confusion que la gente causaba, y pusieron el cuerpo en una caja que estaba prevenida. Recibiéndole Agustin de la Rea, el mayordomo que se ha dicho, para ponerle en la sepultura que estaba cabada al pié del altar de la madre de Dios, testificó que sucedió lo siguiente, diciendo así: "Este testigo vido clara y patentemente cómo abrió los ojos el dicho padre Fr. Pedro Cardete, mirando con mucha atencion la imágen de nuestra Señora de la Soledad. Y despues tomando este testigo con sus propias manos el dicho cuerpo, vido como los volvió á cerrar. Y asimismo dice que puesto yá en la caja, en la sepultura le cortó un religioso del convento (que estaba junto con el mayordomo para recibir el cuerpo y ponerle en la sepultura) un dedo de un pié, y salió mucha cantidad de sangre, habiendo yá veinte y dos horas que era difunto, la cual dicha sangre tenia muy buen olor, y este testigo lo reparó y los demas que estaban presentes, que asimismo repararon y tuvieron por cosa sobrenatural haber salido tanta copia de sangre de un cuerpo difunto, que en vida conocieron seco y enjuto, que parecia que si estuviera vivo no le sacaran tanta sangre. Y que tenia en su poder uno de los dedos que le cortaron de los pies, y que lo guardaba y reverenciaba por reliquia. Y que habiendo yá mas de dos meses que se le habian cortado, lo tenia sin corromperse ni tener mal olor, no habiendo hecho diligencia alguna que le pudiese preservar de corrupcion &c." El mismo buen olor conservaban todas las cosas que al santo le quitaron de sobre su cuerpo, como constó de la informacion jurídica.

Finalmente fué supultado su cuerpo y despedido el concurso, habiendo sido como un día de festividad muy alegre, y habiéndolo visto el padre rector de la compañía Tomas Dominguez testificó en su dicho, respondiendo á la séptima pregunta, estas palabras. "Y este testigo estaba presente y lo vió y quedó con muy grande gozo y alegría, pareciéndole que habia sido aquel un día en que nuestro Señor habia sido muy glorificado en aqueste santo varon, y habia dado á los presentes muy grandes deseos de servirle deveras, viendo cómo paga á los que le sirven acá en esta vida. Porque le pareció que aqueste entierro tenia mas de triunfo que de obsequias funerales, y así se daban el parabien con los religiosos de su órden del dicho padre Cardete, pidiendo á nuestro Señor que nos diese muchos dias como aquel. Y aunque este testigo se ha hallado presente á los entierros de otras personas que murieron con opinion de grandes santos, de cuyos vestidos hacia el pueblo reliquias, á ninguno ha visto este testigo venerar con mayor devocion y afecto y mayor fervor del pueblo para llevar alguna cosa de las que habian tocado al dicho padre por reliquia de mucha devocion &c." Y prosigue refiriendo lo que se ha dicho que sucedió desde que murió hasta que fué sepultado. Lo mismo testificó, en la informacion que se hizo con autoridad del obispo á peticion de la provincia acerca de su santa vida y muerte, todo lo mas calificado de los estados eclesiático y secular de la ciudad.

Habiéndose de volver el obispo á su casa pidió al padre guardian que le diese el hábito con que murió: respondióle cómo se le habian llevado á pedazos, y otros cuatro que le habian puesto, como su señoría habia visto, pero dióle una capilla del hábito con que dormia. Recibióla con mucha veneracion, y llevándola la aforró de brocado con pasamanos de oro, y la puso en un rico escritorio estimándola por reliquia. De-

cia despues de muchos años que vivió, que era gran parte para que nuestro Señor le diese salud, y hubiese vivido muchos años. Todos aquellos dias las conversaciones eran tratar de la vida y muerte del bendito padre, y encomendarse á él en las necesidades de salud y otras que se les ofrecian á los fieles. Fué innumerable la multitud de luces que acompañaron al santo cuerpo desde que espiró hasta que lo enterraron, porque no solo la gente de la ciudad de todos estados acudió con su devocion, sino toda la comarca y pueblos de indios parece que se habian despoblado viniéndole á ver difunto, con que los caminos parecian hormigueros segun los indios y indias que iban y venian por ellos luego que corrió la voz de su dichoso tránsito. Murió año de mil seiscientos diez y nueve, lúnes á dos de setiembre entre la una y las dos del día, teniendo noventa años de edad, setenta y cinco de religion y cuarenta y siete de esta provincia de Yucatan: dichosa mil veces en haber tenido tal padre y prelado que la gobernó, y despues tantos años la ilustró con su santa vida y ejemplo, y hoy podemos esperar en la divina clemencia está en la gloria, siendo nuestro patron y abogado ante la presencia divina, cuya piedad nos conceda imitemos su santa vida, para que consigamos, muriendo en servicio de la Majestad de Dios, el premio prometido á los que corresponden á la vocacion con que para este fin nos llamó á la religion de nuestro padre S. Francisco, en la cual nos dé su gracia.

